

TRANSICIÓN EN EUROPA DEL ESTE: LA DIMENSIÓN INSTITUCIONAL

ANDRÉS BENAVENTE URBINA*

INTRODUCCIÓN

En el curso de 1989 se desencadenan con gran celeridad las crisis terminales de los socialismos reales en Europa del Este. La velocidad y los efectos de los acontecimientos sorprendieron a todos, incluso a sus protagonistas. Algunos autores han hablado de la "Revolución de 1989" (1) que, pese a su carácter pacífico —con la salvedad del caso rumano— posibilitó no sólo un cambio profundo en los regímenes de gobierno existentes, sino que su significado más profundo es el colapso de sistemas políticos totalitarios, posibilitando el inicio de períodos transicionales.

Era usual examinar los procesos de Transición desde regímenes autoritarios. Los autoritarismos, por más extensos que fuesen, tenían un final concebible: fracturas en el núcleo gobernante, internalización en la sociedad civil de la oferta opositora, triunfo de los sectores aperturistas al interior del gobierno, impacto de una crisis económica, la muerte de la figura central del régimen o, en algunos casos muy particulares, el cumplimiento de los plazos que el propio régimen se había fijado para traspasar el poder.

Los totalitarismos, en cambio, no admiten concebir un final, en cuanto se identificaba el Estado con el Partido, proyectándose este último como la única opción posible y definitiva de conducción del primero. Tal como los define Jeane Kirkpatrick eran absolutizantes: "Un gobierno totalitario es un gobierno dispuesto a utilizar el poder coercitivo gubernamental para transformar las relaciones económicas y sociales, las creencias, los valores y las predisposiciones psicológicas. El totalitarismo borra la distinción entre Estado

*Cientista Político. Profesor e Investigador de este Instituto.

(1) Véase a Gunder Frank, André, *La Revolución de Europa Oriental de 1989* en revista "Nueva Sociedad", N° 108, Caracas, julio-agosto de 1990.

y Sociedad y por ende elimina esos intersticios de la ley donde medra la libertad" (2).

El colapso de los sistemas totalitarios de Europa del Este plantea la problemática de la Transición en una triple dimensión: la institucional, relativa al cambio mismo de las estructuras de poder; la económica, en que se intenta pasar desde una economía centralizada —cuya crisis precipita los acontecimientos— a diferentes ensayos de economía de mercado; y la ideológica, en que se asiste no sólo al desaparecimiento de los socialismos reales, sino al acelerado proceso de descomposición y muerte del comunismo como opción válida de gobierno.

El tema de la Transición nos ha provocado una larga inquietud académica. Hace ya más de seis años propusimos una tipología para las transiciones desde regímenes autoritarios (3). De allí que nos interese adentrarnos en los procesos de Transición de Europa del Este, aun cuando conscientes de su complejidad, hemos colocado dos límites a nuestro enfoque. El primero apunta a que sólo analizaremos la dimensión institucional, refiriéndonos sólo tangencialmente a las otras dos, que serán abordadas en próximos artículos. La segunda es que sólo tomaremos los casos más relevantes a efecto de hacer las diferenciaciones en los tipos de Transición que, desde la variable institucional, podemos observar en Europa del Este. En lo que es una aproximación a una Transición negociada veremos el caso polaco; donde el énfasis estuvo dado por un proceso de cambios institucionalizados veremos los casos de Hungría y Checoslovaquia —que admiten diferencias entre sí; y veremos a Rumania como un esquema de transición rupturista (4).

Nuestra investigación y, por ende, las proposiciones que contiene son exploratorias, dado que son procesos en actual desarrollo. Además no se han considerado todos los cambios de sistema, como es el caso de la República Democrática Alemana en que el colapso del sistema socialista dio lugar a un

-
- (2) Kirkpatrick, Jane. *Dictadura y Contradicción*, Buenos Aires Editorial Sudamericana, 1983, p.120.
 - (3) Sobre el tema de la Transición hemos escrito los siguientes artículos: *La Transición política: aproximación a una clasificación teórica a partir del estudio de casos* en *Política* N° 7, julio de 1985; *Partidos Políticos y Procesos de Transición a la Democracia*, en *Política*, N° 17, octubre de 1988; y *La Estabilidad en los Procesos de Transición*, en "Política", N° 20, octubre de 1989.
 - (4) Nuestras definiciones de Transiciones Rupturista, Negociadas e Institucionalizadas están en *La Transición política: aproximaciones a una clasificación teórica a partir de un estudio de casos*, en *Política* N° 7, julio de 1985.

breve gobierno de transición hacia la disolución del Estado para integrarse a otro produciéndose la reunificación alemana. Tampoco se ha considerado el caso de Yugoslavia, donde la crisis del socialismo real está conduciendo a la desintegración del Estado Federado, en un contexto de guerra civil y de afección de poder.

1. EL FACTOR SOVIÉTICO

Las Transiciones en Europa del Este serían impensables sin una clara intervención en su favor de parte de Mijail Gorbachov, Presidente de la Unión Soviética. Ciertamente no es éste el espacio para tratar el complejo y profundo tema de los cambios políticos en la URSS que después de la finalización de la Perestroika ha comenzado a vivir su propia Transición. Sin embargo, un estudio sobre el tema que nos ocupa no puede prescindir de una breve referencia a la influencia de la URSS.

No sólo a través de presiones directas, algunas de las cuales se consignan aquí, de Gorbachov hacia los líderes del socialismo real europeo, sino que fundamentalmente a través del abandono de la doctrina Breznev, que había inducido a la URSS a intervenir en los países satélites en defensa del socialismo como aconteció en Checoslovaquia en 1968 y estuvo a punto de ocurrir en Polonia en 1981. En diciembre de 1988 Gorbachov proclama tal abandono en un discurso ante las Naciones Unidas. Plantea que hay que liberarse de estereotipos y avanzar hacia una democratización del orden mundial. Se está ante un mundo nuevo, donde "es incuestionable la necesidad de observar el principio de la libertad de opción. La renuencia a este principio puede acarrear gravísimas consecuencias para la paz universal. Negar ese derecho a los pueblos, cualquiera que sea el pretexto que se use para ello, significaría atentar contra el equilibrio logrado, aunque sea inestable. La libertad de opción es el principio universal que no debe tener excepciones" (5).

Cada país del socialismo real, antes satélite de la URSS, sería el encargado de decidir por sí mismo su propio destino. Los regímenes que usaban la coerción para mantenerse quedaban notificados que dejaban de contar con

(5) El discurso de Mijail Gorbachov ante las Naciones Unidas, de diciembre de 1988, ha sido tomado de revista Política N° 22-23, junio de 1990.

el respaldo de la fuerza soviética. Algunos gobernantes fueron renuentes a entenderlo, no así los pueblos y los movimientos sociales. El año 1989 es una categórica respuesta a la apertura que había impulsado Gorbachov.

El no uso de la fuerza por parte de la URSS era un decisivo factor en los procesos que se sucederían en Europa del Este, pero no el único. Otro lo constituye el fracaso del esquema económico socialista. En un mundo competitivo y abierto al avance tecnológico, el socialismo mostraba —además de la carencia de libertad— un atraso considerable. En la URSS el fracaso económico es lo que impulsa inicialmente todo el proceso transformador, y el fracaso de la experiencia soviética impactó directamente en quienes eran sus satélites y más allá de las fronteras del Pacto de Varsovia. Brzezinski comenta al respecto: “Para el mundo, la experiencia soviética ya no es un ícono. No debe ser imitada en adelante, sino evitada, como consecuencia de ello el comunismo ya no posee un modelo práctico para ser emulado por los demás” (6). Los regímenes de Europa del Este quedan también —con el progresivo abandono que Gorbachov hace de la ortodoxia— sin sustentación ideológica viable. Los que no se sumaron a los cambios, aún a costa de perder el poder, se convirtieron en actores conservadores que serían rápidamente arrollados por los acontecimientos de 1989.

Los cambios políticos en Europa del Este empiezan a gestarse al interior de los Partidos Comunistas que detentaban el poder. Es allí donde se manifiesta la intencionalidad —forzada o no— de promover cambios institucionales o la decisión de negociar con grupos opositores. En Rumania, por no existir tal voluntad, sobrevino la ruptura violenta del sistema. Los Partidos Comunistas locales son los primeros destinatarios del mensaje transformador de la URSS. Después lo serán los movimientos y grupos disidentes de la sociedad civil, los que empezarán a articular y plantear sus demandas frente a un poder debilitado. Tal es el marco común de estos procesos transicionales que pasamos a analizar en los casos ya señalados.

(6) Brzezinski, Zbigniew, *El gran fracaso. Nacimiento y muerte del comunismo en el siglo veinte*, Buenos Aires, Javier Vergara Editores, 1989, p. 69.

2. POLONIA: EL ÉNFASIS EN LA NEGOCIACIÓN

La transición polaca se caracteriza por haber sido llevada a cabo de manera negociada entre el gobierno comunista y el actor social y político disidente Solidaridad, que contó con el decisivo apoyo de la Iglesia Católica. Esto fue posible porque al interior del sistema existía una larga tradición de presencia de un sindicalismo activo que en varias oportunidades había jugado no sólo roles de grupo de presión, sino que incluso —en determinadas etapas— de actor político.

La Iglesia Católica, de otro lado, mostraba un poder no disminuido —en los hechos— por el régimen comunista, el que se reforzó decisivamente con el advenimiento al Pontificado del Arzobispo de Cracovia. Guy Sorman, aludiendo al rol de Juan Pablo II, dice: “Tal vez algún día se escriba la historia de la caída del socialismo en el Este datándola del primer viaje de Juan Pablo II a Polonia. Fue en 1979. ¿Sin Karol Wojtyła, habría tenido lugar la revolución anticomunista de 1989 en Europa del Este? Sin duda no de la misma manera. La audacia de un Papa polaco despertó a los pueblos del Este lanzando a una Iglesia contra otra, la de Cristo contra la de Marx” (7).

El actor central de la negociación, en el decisivo momento en que se decide llevarla a cabo es, sin duda, el Partido Comunista. Hacia 1987 estaba debilitado internamente y había perdido legitimidad en la sociedad. Al decir de Mateo Madridejos: “La ideología oficial estaba tan desacreditada que nadie se atrevía a invocar el socialismo como fuente de legitimidad del poder político existente” (8). El partido trató de reformar el sistema anunciando un plan para liberar la economía. El gobierno somete las reformas a una consulta no vinculante el 29 de noviembre de 1987. Más del 50% de los electores rechazaron las propuestas. El gobierno del Premier Zbigniew Messner reconoció que había sido desautorizado en la consulta. Meses más tarde caería en medio de un clima de protesta social. Desde su estado de ilegalidad, Solidaridad cobraba una fuerte presencia articulando la oposición.

(7) Sorman, Guy, *Salir del Socialismo*, Buenos Aires, editorial Atlántida, 1991, p. 124.

(8) Madridejos, Mateo, *La caída del muro. Del comunismo a la democracia*, Buenos Aires, Grupo Editorial Zeta, 1990, p. 146.

El Presidente de la República, general Wojciech Jaruzelski, decide que había llegado la hora de negociar para salvar lo esencial del régimen socialista. Comenzó a hablarse de “pluralismo socialista”. En septiembre de 1988 nombra como Premier a Mieczyslaw Rakowski quien se dispone a negociar con los sindicatos independientes proscritos en 1981. Logra, así mismo, en enero de 1989 que el Comité Central del Partido acepte dialogar con la oposición sindical. Las conversaciones comenzarían el 6 de febrero, entre Walesa y el Ministro del Interior Czeslaw Kiszczak. La Iglesia avala el diálogo.

Walesa expresaría al iniciarse las negociaciones: “Los tiempos del monopolio social y político han tocado a su fin. Hace falta una reconstrucción llevada a cabo en tal forma que el Estado de un partido cambie y represente al Estado de la Nación y de la sociedad” (9). Los acuerdos se logran el 5 de abril: se legaliza Solidaridad y se reforma la composición del Parlamento estableciendo que en la Cámara de Diputados la oposición no podía sobrepasar un umbral de representación. En el senado todos los cargos serían elegibles.

En junio de 1989 se celebran elecciones. Solidaridad gana todas las bancas autorizadas por la ley electoral, con lo que se produce un verdadero empate político, lo que impulsa a una segunda fase en las negociaciones. La oposición mostraba su triunfo en las urnas, pero el Partido Comunista conservaba el gobierno y el control de la policía y del ejército.

La segunda fase de las negociaciones tuvieron como escenario el recién elegido Parlamento, donde conforme a los acuerdos de abril —debía nominarse al Presidente de la República y al Primer Ministro. Solidaridad cedió lo suyo en la negociación y apoyó la reelección de Jaruzelski, su antiguo perseguidor. A cambio de esto demandó al Presidente el nombramiento de un Premier afín al movimiento sindical: Tadeusz Mazowiecki.

El nuevo Premier formó un gabinete que reflejaba la marcha del proceso transicional formado por trece Ministros de Solidaridad, cuatro comunistas, cuatro del partido campesino y tres del partido demócrata. Al asumir el Premier expresaba lo que simbólicamente podía considerarse el fin del totalitarismo, siguiendo la conceptualización de Kirkpatrick: “El Estado polaco no puede ser un Estado ideológico ni un Estado religioso. Deseamos vivir en

(9) Discurso de Lech Walesa en la sesión inaugural de la Mesa de negociaciones entre el gobierno y Solidaridad, tomado de revista Ciencia Política N° 16, Bogotá, Tercer Trimestre 1989.

un Estado soberano, democrático y respetuoso del derecho; un Estado que todos, cualesquiera que sean sus concepciones políticas, puedan considerar como suyo" (10).

El gobierno de Mazowiecki no sólo se dedica a consolidar el avance hacia un sistema político democrático, sino también a superar los esquemas económicos socialistas que al fracasar habían desencadenado la crisis terminal del régimen totalitario. Se decidió aplicar una política de shock auspiciada por el economista Jeffrey Sachs, que había asesorado exitosamente al gobierno boliviano de Paz Estenssoro en la reducción de la inflación y en la reforma del Estado. La política del Premier provocó las primeras dificultades de la transición: la división de Solidaridad, un cuestionamiento de parte de la Iglesia y ciertamente la oposición del Presidente de la República y del Partido Comunista.

En lo relativo a Solidaridad, surgen dos sectores: el que se escinde, integrado por los partidarios del Premier Mazowiecki y los partidarios de Walesa. Los primeros están por alcanzar la modernidad occidental, aplicando esquemas neoliberales. Forman Acción Democrática, en cuyo manifiesto fundacional se puede leer: "Polonia está amenazada por la recesión económica, los conflictos sociales y las actividades extremas dentro de Solidaridad. Para luchar contra tales amenazas y hacer posible en Polonia un tránsito hacia la civilización, es que nos hemos organizado" (11).

Los seguidores tradicionales de Solidaridad formaron la Alianza de Centro, proclives al populismo como proyección de sus antiguas luchas sindicales. Walesa, siendo candidato presidencial, precisó tales contornos. A su juicio Polonia necesitaba un gobernante autoritario, sujeto a las reglas democráticas, que fuese el "regulador que ponga de acuerdo a las masas, descontentas con el gobierno y el parlamento, de forma que esas masas aguanten el ritmo de las reformas y no se aparten del camino" (12).

Sectores de la Iglesia Católica plantean críticas a la economía de mercado. La acusan de promover el desempleo, la supremacía del dinero y estimar a la eficiencia como un valor absoluto. El jesuita Stanislas Musial cuestiona:

(10) Madrzejos, Mateo, *op.cit.*, p. 221.

(11) Véase reportaje: *La división de Solidaridad*, revista "Análisis", Santiago, 30 de julio al 5 de agosto de 1990.

(12) Véase entrevista a Lech Walesa, "La Época", Santiago, 19 de noviembre de 1990.

“En tiempos de los comunistas es posible que la economía estuviera enferma, pero de todos modos, funcionaba: los precios eran fijos y el pleno empleo estaba garantizado. Con la permisividad y el alejamiento del Estado ¿qué pasará con los valores sociales? (...) además, el liberalismo no corresponde a la naturaleza profunda de Polonia, una nación de tradiciones comunitarias” (13).

Los comunistas habían cambiado de nombre, llamándose Partido Social Demócrata. Para su dirigente, Jerzy Urban, el comunismo volvería a ser alternativa en Polonia luego del fracaso de la reforma económica. Solidaridad y los Partidos surgidos del movimiento no juegan más que con la emoción, con el romanticismo de los polacos, mientras que el partido social-demócrata es el partido de la política real. En ese mismo presidente estaba el Presidente Jaruzelski. Afirmaba: “La economía de mercado no puede sino marginar al pueblo. Los polacos no aceptarán jamás que se sacrifique la justicia social a la eficiencia económica”. Lo que está pasando lo ve más bien como transitorio: “Los polacos se dejan llevar periódicamente, a lo largo de su historia, por grandes arrebatos románticos y después las cosas se calman; en ese momento el partido de la realidad deberá estar para hacerse cargo del país” (14).

Sin embargo, ni el fraccionamiento de Solidaridad ni la oposición de la Iglesia a la política de reformas del Premier, logró fortalecer a los comunistas que conservaban la Presidencia de la República. Ello por tres razones básicas: las divergencias entre los ex aliados no importaba dejar de lado una vinculación central: el afianzamiento del proceso de transición a la democracia. El partido comunista se encontraba sumido en una grave crisis interna y el Presidente, general Jaruzelski, no estaba dispuesto a usar la fuerza en contra del proceso de cambios, por lo que en septiembre de 1990 renuncia al poder a fin de dar paso a elecciones directas.

Con lo anterior, el proceso transicional polaco se fortalecía cada vez más. Prácticamente ya no tenía impugnadores. Las divergencias —empezando por las de Jaruzelski —se canalizaban al interior del emergente sistema pluralista, en que las elecciones cumplen el rol de mecanismo dirimente. A ellas, precisamente, recurrió el general con su renuncia, sabiendo que con su resultado el esquema neoliberal se vería suspendido en su aplicación. En efecto, el pueblo que sufría los efectos del plan de shock, identificando sus efectos

(13) Sorman, Guy, *op.cit.*, p.148.

(14) *Ibidem*, p.127.

con recesión, empobrecimiento y desempleo, votaría por una solución alternativa.

En una de esas paradojas que se dan en los procesos de cambio, fue Jaruzelski el que termina abriéndole a Lech Walesa las puertas de la Presidencia de la República en diciembre de 1990. Entre ambos existían radicales diferencias, pero una común adhesión a una real economía de mercado. El sindicalista convertido en Presidente enfilará los rumbos de la transición económica por una especie de tercer camino, donde se mezclan elementos de tipo corporativo, propios de quien proviene de un movimiento social, e ideas derivadas del pensamiento católico tradicional fuertemente crítico al capitalismo. En pocas palabras, tratar de establecer un esquema de democracia política con estatismo económico, privatizando pero no desregulando.

Con la elección de Walesa el proceso de Transición polaco llega a su punto más importante. Se trataba de la culminación de un intenso proceso negociador en que se habían ido diseñando los primeros pilares de la futura estructura democrática del país. Lo que vendría después, incluidas las elecciones parlamentarias de 1991, donde el partido del Presidente sería derrotado, alcanzando la mayoría relativa la colectividad de Mazowiecki, seguido de los comunistas, ya son problemas que apuntan al afianzamiento de la consolidación del proceso.

3. HUNGRÍA Y CHECOSLOVAQUIA: LOS CAMBIOS INSTITUCIONALIZADOS

En otras experiencias de Transición lo determinante es el rol que juegan los elementos aperturistas que cobran fuerza al interior del propio partido comunista, lo que posibilita realizar el cambio de sistema desde la propia dirigencia estatal. Son procesos que se asemejan a las Transiciones Institucionalizadas. Son los casos que, con distintas gradualidades, se dan en Hungría, Bulgaria, Checoslovaquia y Albania. Un rasgo común de estas experiencias es que la disidencia u oposición no estaba ni articulada, ni tenía la gravitación social que exhibía en Polonia. De estos casos tomaremos el húngaro, donde el debate central se da al interior del partido hasta desencadenar la apertura, y el checoslovaco, en que los cambios institucionalizados se ven presionados por una activa, pero pacífica movilización social.

En Hungría el conflicto al interior del Partido Comunista comienza en 1986 cuando empezó a preocupar la sucesión de Janos Kadar, ya anciano. Imre Pozsgay encabezó una corriente que propiciaba un pluralismo socialista y reformas económicas. Frente a él se ubicaba la corriente conservadora liderada por Janos Berecz. Entre ambas, se ubicaban los centristas, encabezados por Karoly Grosz, que propiciaba cambios más regulados en su ritmo.

En junio de 1987 Grosz se impone al interior del partido al ser nombrado Primer Ministro. Es el inicio de una transición donde primarán los cambios institucionalizados. Desde luego, su llegada al cargo representó la derrota del conservantismo comunista. Desde el gobierno Grosz comenzó a criticar a Kadar, propugnando su reemplazo. En mayo de 1988 alcanzaba tal propósito, ocupando él mismo adviene al máximo cargo partidario.

Con todo, el paso fue insuficiente o bien tardío si lo que se pretendía era preservar el sistema socialista introduciéndole modificaciones. Más que cuestiones de orden político, lo que el gobierno debía afrontar eran problemas de tipo económico. Para hacerlo se aceptó a la empresa privada siempre que en su ejercicio comprometiera a la estructura socialista. El sector más liberal, encabezado por Pozsgay, llegó a colocarse en los límites del sistema, al insistir en la adopción de reformas más profundas, tales como el establecimiento de un multipartidismo en lo político y el reconocimiento del rol del mercado en lo económico. No tenía problemas en afirmar en febrero de 1989: "El socialismo en su forma actual ha demostrado que es ineficaz. Ha llegado al fin de sus días y es obstáculo para el progreso en todos los campos" (15).

Grosz era partidario, en cambio, del "pluralismo socialista". Ofrecía dar relativa autonomía a las organizaciones sociales y a los sindicatos, garantizando una menor intromisión del Partido en la economía, pero fundamentalmente llevar a cabo los cambios dentro de la "legalidad socialista". Como se plantea en un estudio, la posición del centrismo era ya obsoleta, pues "Grosz demostró muy poca simpatía por cualquier cambio político de largo alcance que pudiera implicar una actitud política ajena al control del partido o que en alguna forma llegara a antagonizar con los objetivos partidistas" (16).

La pugna se daba en el Partido y en el gobierno, sin el protagonismo de los sectores conservadores. Esto estimuló a una disidencia hasta entonces

(15) Madrdejos, Mateo, *op.cit.*, p.153.

(16) Schopflin, George y otros, *Cambio de liderazgo y crisis en Hungría*, revista Ciencia Política N° 16, Bogotá, citada.

inorgánica. Hubo manifestaciones de protesta por la situación económica y comenzaron a organizarse diversos grupos políticos.

En mayo y junio de 1989 el Partido adopta dos decisiones cruciales para la transición. Se reconoció a los recién formados grupos políticos a los cuales se les convocó a una ronda de conversaciones para reformar la Constitución y preparar las elecciones del Parlamento en 1990. El Partido no estaba obligado a este reconocimiento en el momento en que lo hizo. Su actitud, por tanto, debe estimarse como un propósito muy claro de encabezar el proceso de transición. La segunda decisión es establecer en el Partido una dirección colectiva. Se forma un cuadrunvirato provisorio (hasta el Congreso de octubre), formado por el propio Grosz, por Poszgay, por Rezso Nyerss y Miklos Nemeth. El sector más aperturista ingresaba al ámbito decisonal en detrimento del centrismo.

El Congreso de octubre tiene también una significación trascendente para el proceso de cambios. Es el propio partido comunista el que deroga el leninismo como principio fundante de la ideología partidaria, así como el principio del centralismo democrático en el plano organizativo. Termina proclamándose socialdemócrata. Allí se impone en definitiva Imre Poszgay.

Por su parte, el Parlamento reforma la Constitución, otro elemento clave para el desarrollo de la transición, eliminándose el apelativo "socialista" de la república, derogando el rol dirigente del partido, permitiendo el multipartidismo y estableciendo la separación de poderes del Estado, fundamentalmente, separando los roles del partido y del gobierno. Con ello el sistema totalitario dejaba de existir estando aún los comunistas en el poder.

Las elecciones generales de Parlamento se realizan en marzo de 1990. La Alianza de Demócratas Libres (liberales) logra un 30%, el Foro Democrático, que aglutinaba a la oposición conservadora, obtiene un 25%; el antiguo Partido de los Pequeños Propietarios, que había resurgido, logra un 12% y el Partido Socialista (ex comunista) sólo un 8%.

El Partido Comunista resultó sorprendido por los resultados pues había sido él quien había impulsado las reformas institucionales. Creía hasta el día de las elecciones que tal comportamiento le daría el triunfo en las elecciones libres, con lo cual su ejercicio del poder se legitimaría. Poszgay había creído en un triunfo: "Descubrimos, a través de la experiencia, que el socialismo no funcionaba, que había que privatizar, pero que para privatizar, había que destruir la burocracia e instaurar el pluralismo político. De manera que empezamos a privatizar empresas estatales ya en junio de 1988. Nuestra retirada

fue consecuencia de nuestras propias reflexiones dentro del Partido Comunista húngaro” (17). Esto, pensaba, podía garantizar una continuidad.

Elegido el primer Parlamento democrático se procedió, de acuerdo a la Constitución reformada, a la elección de autoridades del país. Al efecto se forma una coalición entre los dos principales partidos, el Foro Democrático y el Liberal. Arpah Goncz —liberal— es nominado Presidente de la República y Jozsof Antal —Foro Democrático— Primer Ministro.

Los comunistas dejaban el gobierno en virtud de los mecanismos transicionales establecidos por ellos mismos desde el poder. Fuertemente reducidos en cuanto a su representatividad, acataron sin problemas los resultados electorales y políticos adversos. Llamándose ahora Partido Socialista Húngaro, Poszgay apunta que desde la oposición deben contribuir a la estabilidad del nuevo sistema: “El proyecto de izquierda —dijo en una conferencia en la Universidad Internacional Menéndez Pelayo— es imprescindible para que las graves consecuencias de la crisis no hagan surgir nostalgias por el régimen comunista, ni fuerzas de la extrema derecha”. Esto porque no sólo hay que frenar la “demagogia social”, sino porque “hay que estar consciente de que cualquier desestabilización en Europa oriental es un paso hacia el desastre para todos” (18).

Superado el comunismo, quedaron planteados los nuevos ejes del debate político, en lo que será la segunda fase del proceso transicional. Los grupos políticos gobernantes, dada la modalidad parlamentaria del régimen, convinieron en fijar nuevas elecciones para octubre de 1990. La principal coordenada del nuevo escenario del debate fue el modelo económico. La Alianza Foro Democrático-Demócratas Liberales se rompió. La Alianza de los Demócratas Libres ponía el énfasis en un plan de reformas económicas neoliberales, mas allá de los sentimientos tradicionales y nacionalistas. Como lo anota un autor propendía más al europeísmo que a la magiairidad. El Foro Democrático, que resulta ganador, en cambio, privilegia el gradualismo económico y el conservantismo político, hecho que provocará un acertado comentario de Manuel Leguineche: “Los húngaros eligieron también la ola conservadora, la nostalgia por el pasado agrario, el cristianismo tradicional, el orgullo magiar, al votar el Foro” (19). Antall es reelegido como Premier, en tanto que nuevo Presidente de la República es nominado el dramaturgo Gyorgy Kon-

(17) Sorman, Guy, *op.cit.*, p.196.

(18) Véase “La Época”, Santiago, 16 de junio de 1990.

(19) Leguineche, Manuel, *La Primavera del Este*, Barcelona, Editorial Plaza & Janes, 1990, p.190.

rad. La Transición húngara daba así una demostración de que podía perfectamente absorber las naturales competencias propias de una democracia.

Veamos el proceso checoslovaco, donde los cambios si bien se encauzaron a partir de las decisiones partidarias, recibieron presiones externas e internas. Las primeras fueron más determinantes, dado que provenían —en forma reiterada— de la Unión Soviética. Cuando se celebró el Congreso ordinario del Partido Comunista en marzo de 1986, nada hacía prever cambios. Sería Gorbachov quien detonaría el impulso renovador. En su visita a Praga en abril de 1987 admite que entre él y Dubcek la diferencia sólo son “diecinueve años” con lo que reconoce a aquel el rol de precursor de las reformas del socialismo.

En diciembre de 1987 cediendo, sólo en lo formal, a las presiones soviéticas, Husak renuncia al cargo de Secretario General del Partido, conservando el más nominal de Presidente de la República. Lo reemplaza Milos Jakes, también conservador y autor de la purga que siguió a la primavera de Praga de 1968, confirmando la imposibilidad de cualquier apertura.

En agosto de 1988 comenzó el protagonismo de la población. Ese día conmemoró veinte años de la invasión soviética. Era la manifestación más importante en esos veinte años. Éstas se repetirán con frecuencia en los meses siguientes. La movilización era un nuevo componente de cambio que iba creciendo. En las manifestaciones hubo detenidos, entre ellos el dramaturgo Vaclav Havel, condenado a nueve meses de cárcel. El partido y el gobierno permanecían inmutables.

Un año después Gorbachov vuelve a presionar. Se reúne en Crimea con Milos Jakes y con el Premier Ladislav Adamec. Allí les plantea que si mantienen su oposición a las reformas Checoslovaquia quedará aislada. El resultado inmediato fue estéril. En ese contexto aparece el Manifiesto “Algunas Frases” firmado por numerosas personalidades disidentes que ya no temían a la represión. Era la oposición que se activaba para dirigir a las movilizaciones anónimas. Luego formaba el Foro Cívico dirigido por Vaclav Havel, quién se coaligó con el líder de los ex comunistas Alexander Dubcek. Las movilizaciones eran dirigidas por intelectuales y protagonizadas por estudiantes. Al respecto comentará Manuel Leguineche: “El alzamiento estudiantil fue un éxito de organización que puso al régimen de rodillas en el espacio de dos semanas. Los ciudadanos de Praga se dieron cita en San Wenceslao durante ocho días sin romper un solo escaparate, sin incendiar coches. Solamente con sus canciones. Pronto la plaza de San Wenceslao reunió

a medio millón de personas. El Foro Cívico que aglutina a la oposición con el dramaturgo Havel al frente. Miklos Jakes, el hombre fuerte de Checoslovaquia se vio desbordado por el movimiento de protesta” (20). Por primera vez el Partido se inquietó. El ascenso de las movilizaciones hizo temer que se desencadenaran enfrentamientos, ante los cuales ya no se contaba —como en 1968— con la ayuda soviética. El Comité Central presiona para que el politburó renuncie. Se elige como Secretario General del Partido a Karel Urbanek. Éste acepta promover el diálogo con lo cual cae el gobierno de Adamec al no contar con el respaldo del partido.

El 8 de diciembre asume como Premier Marian Calfa, formando un gobierno de Concentración Nacional en que los miembros del PC eran minoría por primera vez en cuarenta años. Gustav Husak renuncia a la Presidencia de la República. El nuevo gobierno se decide a impulsar las reformas políticas y económicas. Para avalar tal determinación Calfa renuncia al Partido Comunista. Luego disolverá las milicias populares y la policía secreta. El Parlamento, por su parte, deroga el papel dirigente del PC en la sociedad. Elegirá como su Presidente, incorporándolo a su seno, a Alexander Dubcek el día 28 de diciembre. Al día siguiente, elige Presidente de la República al que había sido el líder de la disidencia: Vaclav Havel.

El gobierno de Havel y Calfa convoca a elecciones de Parlamento para junio de 1990. Los resultados dieron el triunfo al Foro Cívico con un 46%, quién formará coalición con el Movimiento Público Contra la Violencia. Los comunistas son derrotados. El nuevo Parlamento confirma en su cargo al Presidente Havel, por un período provisional de dos años. A su vez, éste ratificó a Calfa como Premier. Havel reafirma su legitimidad y su rol ya no es sólo decorativo.

En cuando a las reformas económicas, hay que considerar que el Presidente Havel es cristiano y su aceptación del liberalismo está condicionado por lo primero. Al respecto opina su asesor económico, Robert Wagner: “El gobierno de Havel no combatirá el comunismo con una política que lleve al desempleo, el alza de los precios y a una baja del consumo. Estamos a favor del capitalismo, pero del capitalismo con rostro humano. Somos pragmáticos, pero partimos de lo que existe y no tratamos de aplicar teorías; el mercado

(20) Leguiniche, Manuel, *op.cit.*, p.164

no es un fin en sí, sino un instrumento. No tenemos el culto del mercado al punto de entrar en él a cualquier precio" (21).

4. LA RUPTURA COMO INICIO DE LA TRANSICIÓN

La categoría de Transición rupturista es aplicable al proceso rumano, en que el cambio se inicia con el derrocamiento violento de Nicolae Ceaucescu. Éste encabezaba desde los años sesenta el gobierno comunista de su país, mostrando un perfil de relativa independencia respecto de las directrices soviéticas. En 1968 no se sumó a la invasión a Checoslovaquia. Fue el primer país socialista en establecer relaciones diplomáticas con Alemania Federal y con la España de Franco. Asimismo, fue el único gobierno de Europa del Este que mantuvo relaciones con el gobierno de Pinochet.

La imagen externa no guardaba, empero, relación con la política interna. Ceaucescu ejercía una férrea dictadura personal. Concentraba en sí varios roles: Secretario General del partido, Presidente de la República y Presidente del Consejo de Estado. Su mujer, Elena, era Vicepresidenta. Usaba al máximo la represión para impedir cualquier manifestación de protesta. Sometía al país a una economía de guerra, porque pretendía reembolsar por completo la deuda externa antes de 1991. Esto provocó una crisis económica, desorganizó la producción y se estableció el racionamiento de alimentos y de energía.

Cuando llega la Perestroika y los socialismos reales de Europa del Este comienzan a ser escenarios de cambios, Ceaucescu expresa su disconformidad, criticando el diálogo en Polonia y las reformas húngaras. Apuntó que las tendencias del Este llevan "a la disminución del papel dirigente del Partido Comunista y estimulan los llamamientos para un retorno al sistema multipartidista" (22). Rumania termina siendo la expresión más clara del conservadurismo marxista, lo cual se reflejará pronto en los foros internacionales, donde Rumania quedó aislada. Empero, Ceaucescu no se deja impresionar. El 24 de noviembre de 1989, un mes antes de su caída y muerte, se realiza el Congreso del partido, donde es reelegido como Secretario General. Reitera

(21) Sorman, Guy, *op.cit.*, p.229.

(22) Madrideojos, Mateo, *op.cit.*, p.167.

allí su rechazo a los procesos de democratización de Europa del Este y propone a los chinos y cubanos la realización de un debate internacional sobre el socialismo, para discutir “las desviaciones” en muchos países que se apartan del socialismo y retornan a los valores del capitalismo.

El régimen conservador de Ceaucescu parecía inmovible. El Partido le había otorgado un apoyo unánime. Sin embargo, la sociedad civil, aún en los esquemas de mayor represión, suele rebelarse y precipitar derrumbes no previstos. El 15 de diciembre estalló en Timisoara una manifestación popular en respaldo al pastor protestante Laszlo Tokes que representaba a la minoría húngara y que iba a ser deportado. Las fuerzas de seguridad reprimieron las protestas causando numerosos muertos. El gobernante no dio importancia a los sucesos, como en otras oportunidades y viajó a Irán el día 18. Tampoco consideró las condenas internacionales, a las que esta vez se había sumado la de la Unión Soviética.

A su regreso al país, el Partido organiza una concentración oficial de apoyo al gobierno. Más de cien mil personas se concentran en la plaza de la República. Allí se dará el punto de quiebre definitivo del régimen conservador. Madridejos entrega el siguiente relato: “Entonces ocurrió lo que se reputaba imposible. Súbitamente, de una manera imprevista e impensable, varios centenares de personas, en su mayoría estudiantes, silbaron con fuerza y lanzaron los primeros gritos contra el dictador. Ceaucescu bruscamente sorprendido, estupefacto, trató de convencer a las masas con sus gestos para que se calmaran y lo escucharan, sin conseguirlo. El discurso fue interrumpido durante tres o cuatro minutos. El dictador volvió a su perorata y, aparentemente acuciado por su mujer, prometió un aumento de los salarios, la elevación de subsidios familiares y la mejora de los suministros, pero unos tímidos aplausos no lograron contener la marea de la protesta jamás vista, el más grave desafío lanzado contra su régimen” (23). Se desencadenó la habitual represión. Pero esta vez la reacción sería distinta. La rebeldía se extendió. El gobierno decretó estado de emergencia, asesina al Ministro de Defensa, general Vasile Milea, acusándolo de que el Ejército se sumara a la rebeldía. Esto último fue el detonante del golpe final. Al promediar el día 22 se da a conocer la formación del Frente de Salvación Nacional que se apodera de la televisión y anuncia la caída de Ceaucescu.

(23) *Ibidem*, p. 238.

Entre los días 22 y 24 se libró una batalla entre el Ejército y la Seguridad que pudo culminar en una guerra civil. La Unión Soviética hizo presente su voluntad de intervenir en favor de los rebeldes. La captura de Ceaucescu y su ejecución el día 25 —junto a su esposa Elena— puso fin a la insurrección. Caído el régimen, asume el gobierno del país el Comité Ejecutivo del Frente de Salvación Nacional de once miembros, entre ellos Ion Iliescu, ex Ministro de Estado, como Presidente. Dimitri Mazilu, como Vicepresidente y Petre Romn, Primer Ministro. Todos ex comunistas purgados por Ceaucescu.

La llegada del nuevo régimen no implicó estabilidad. La pugna entre el gobierno, respaldado por los mineros y los estudiantes, llevó incluso a tomar ribetes de violencia en febrero de 1990. Gobernaban ex comunistas, cuya adhesión a la democracia era más o menos reciente. Se formó una apresurada y todavía débil oposición. Los ex comunistas que habían sucedido a Ceaucescu eran renuentes a impulsar reformas económicas de fondo. Al decir de Boersner: “el Frente de Salvación Nacional pregona una vía socialdemócrata; la búsqueda de una economía de mercado regulada con fines de distribución justa, manteniéndose además el control público o social de las industrias y servicios básicos” (24).

En las elecciones de mayo de 1990, Ion Iliescu obtiene un 90% de los votos para Presidente, derrotando al liberal Radu Campeanu con un 8% y al conservador Ion Ratiu con un 2%. En el Parlamento el Frente de Salvación Nacional logró un 70% de los votos. Esta alta votación le dio no sólo el control del gobierno y del Parlamento, sino que además un virtual monopolio del poder, situación que provocó suspicacias en Occidente en cuanto podría surgir la tentación de transitar hacia el unipartidismo. Sin embargo, el gobierno mantuvo —hasta mediados de 1991— al Premier Petre Roman, más tecnócrata que político. En un año de gobierno, la oposición iría consolidándose y, aunque tibiamente, las reformas económicas comenzaban a implementarse.

5. CONCLUSIÓN

Analizados los procesos de cambio de Europa del Este desde una perspectiva institucional, es posible encontrar factores decisorios para extender

(24) Boersner, Demetrio, *Rumania: de la frustración a la esperanza*, revista “Nueva Sociedad” N° 108, citada.

también a las Transiciones desde el Totalitarismo, la tipología que habíamos propuesto para las Transiciones desde el Autoritarismo.

Sin embargo, los contenidos de las Transiciones que hemos estudiado son más complejos. La institucionalización o la negociación que preside el proceso sólo se refiere a los mecanismos por los cuales se implementa el cambio político. Pero no hay nada preestablecido respecto de los esquemas democráticos que se deben adoptar. En otras palabras, si hubo consenso de término respecto del régimen anterior, hubo que elaborar pautas consensuales básicas de tipo programático respecto del futuro institucional a diseñar. Salvo en la experiencia yugoeslava, se puede decir que en Europa del Este se ha dado un gran acuerdo de gobernabilidad sobre los contenidos y la dirección de las transiciones, siendo ello un factor de estabilidad.

A diferencia de las Transiciones desde los Autoritarismos, en que no ha estado necesariamente presente la necesidad de buscar un consenso en materias económicas, siendo ello en la mayoría de las experiencias materia de un debate propio de la democracia plena. En las Transiciones de Europa del Este ha existido un consenso en torno al abandono del modelo de economía socialista planificada. El debate posterior gira sobre la gradualidad del modelo de mercado a adoptar y su compatibilización con el rol del Estado.

En el plano político, tanto los gobiernos como los opositores en las emergentes democracias, tienen la exigencia de formar y consolidar un sistema de partidos, cuestión inédita pero imprescindible para afianzar los respectivos procesos. Como lo plantea Aronowitz: "Lo que queda sin responder es si esas apresuradas coaliciones pueden formar organizaciones más permanentes y partidos políticos que ofrezcan verdaderos programas para el cambio". (25)

Pero, lo que en definitiva queda como conclusión global de estos procesos de Transición, es el triunfo categórico del capitalismo liberal. Lo último es de reconocimiento prácticamente universal. Para Regis Debray: "Hoy la izquierda socialista sufre una crisis de credibilidad, legitimidad e identidad...(en tanto) El capitalismo no tiene ahora amenazas inmediatas o competidores convenientemente incompetentes" (26). En tanto que para Francis Fukuyama, luego de la derrota del marxismo —que quedará reducido al seguimiento de

(25) Aronowitz, Stanley, *¿El futuro del socialismo?*, en revista "El cielo por Asalto" N° 1, Buenos Aires, Verano 1990-1991.

(26) Debray, Regis, *El futuro de la izquierda*, en revista Brecha, Montevideo, 6 de abril de 1990.

parte de “algunos creyentes aislados”— el Siglo xx termina “no con el final de las ideologías o en una convergencia entre capitalismo y socialismo, como se había previsto, sino en una victoria apabullante del liberalismo económico y político” (27).

(27) Fukuyama, Francis, *El fin de la Historia*, en revista “Estudios Públicos” N° 37, verano de 1990.